

Centenario de Cervantes, diez estudios críticos y cuatro literarios en torno a Miguel de Cervantes.

Catorce estudios magistrales —cada uno merecería una extensa glosa, que tan sólo el espacio dificulta—, en donde las figuras más destacadas —del pasado o del presente— de las letras colombianas estudia a la luz de la crítica o de la literatura problemas cervantinos.

Y dado que no recogemos aquella glosa, sí queremos, para curiosidad y guía del lector, anotar los nombres y los títulos de los estudios publicados en este volumen. En cuanto a la crítica son éstos: *La lengua de Cervantes*, por Rufino José Cuervo; *La política de El Quijote*, por Carlos Martínez Silva; *Personalidad de Cervantes*, por Sergio Arboleda; *El Quijote*, por Miguel Antonio Caro; *El libro que Cervantes hizo*, por José Ignacio Escobar; *Cervantes y el género novelesco*, por Diego Rafael de Guzmán; *Sancho Panza*, por Marco Fidel Suárez; *Cervantes, un vínculo inmortal de dos pueblos*, por Baldomero S. Cano; *Quijotes y ediciones*, por Eduardo Guzmán, y *Duelos y quebrantos*, por Darío Achury Valenzuela. En cuanto a lo literario, los trabajos recogidos son los siguientes: *Cervantes y Santa Fe de Bogotá*, por Antonio José Restrepo; *La muerte de Cervantes*, por Antonio Gómez Restrepo; *Los tres mundos de El Quijote*, por Rafael Maza, y *En torno al Persiles*, por el Rvdo. P. Carlos Mesa.

Tomo de singular valor para estudiar a Cervantes en Colombia, que se ve avalorado por las interesantes notas bibliográficas que a él ha puesto el gran escritor D. Eduardo Caballero Calderón.

J. S.

LA LLAGA, novela, por MARCIAL SUAREZ

Madrid, 1948. —Colec. «El lagarto al sol».

Edit. Clan. — 326 págs. más 4 dibujos de Molina.

Marcial Suárez —el autor de esa bella novela que es *La llaga*, recientemente aparecida, y cuya publicación deseamos noticiar, con un breve comentario, aquí—; Marcial Suárez pertenece a la joven generación de escritores de nuestra postguerra. Nacido en una villa de Orense, hace treinta años, se nos presenta como autor de varias novelas, entre las cuales elige una, la titulada *La llaga*, para con ella hacer las armas de su primera salida.

Es *La llaga* una novela de acción, pero de acción psicológica. Rápida en el desenvolvimiento de su propio problema: con acción pura, de un fulminante y directo ir a la meta. Pero cargada de esencias emocionales, de cuestiones ontológicas, sin traspasar por ello los límites de la vida simple, del cotidiano y humanísimo afán de nuestro cada día.

¿Realista? Realista. Con lógica, con verosimilitud evidentes. Lógica y verosimilitud no son tan claras en las llamadas novelas realistas, las cuales adolecen, suelen adolecer, de una deformación de la realidad. Frecuentemente por el mayor de los defectos: por el exceso. Tremendismo, exceso, que hiperbolizan una realidad y nos la sirven en inverosímil, en absurda y monstruosa caricatura.

En *La llaga* se nos dan unos hechos, unos tipos, unas escenas observadas minuciosamente. Y serenamente recogidas en sincera versión, con profundo sentido humano, base de su cordialidad, de su fuerza emotiva.

De un suceso de la vida verdadera y real extrae Marcial Suárez la clave y estructura, los incidentes mínimos de su novela. En este punto le asiste una tradición egregia: así Stendhal, así Flaubert.

¿Acaso *La llaga* pertenece a las familias del *Rojo y Negro* o de *Madame Bobary*? No, porque en la problemática de la española que marginamos destaca un interés psicológico sobre la mera crónica. «Crónica de 1830» subtituló a su libro Stendhal. En todo caso, podría sentirse más afín de la línea rusa del XIX: de Dostoiewski, concretamente.

Sólo que la psicología novelística, en Marcial Suárez, no admite morosidades formales, como característica esencial. No renuncia a ellas; pero se singulariza por la animación del tono psicológico con un tiempo activo, con el veloz «tempo» de las novelas de acción. Así, lo que pierde de buceamiento, de juego psicológico—complicación típica de los ritmos morosos—, lo gana en cuanto a fluidez.

Permítaseme traer a estas líneas unas palabras elementales, unos principios de Preceptiva: «Entre la rapidez y la lentitud, el escritor debe tener como norma de estilo un norte, compuesto sólo de dos palabras: breve e intenso.»

Todo libro ha de ser valorado en razón inversa de la diferencia entre lo propuesto y lo conseguido. Yo nunca he visto adaptarse mejor los lemas al texto que encabezan —lemas casi citados en corroboración de nuestra páginas, después de haberse escrito la obra

que parecen impulsar— como con ocasión de los que trae Marcial Suárez en su novela.

«Los temores reales son menos terribles que los que inspira la imaginación.» En esa cita de Shakespeare puede ser resumida la primera parte de *La llaga*. Un ser débil que mata por terror de males imaginarios al presentir el futuro pavoroso, acrecentado por los temores de su imaginación. Sí; el mundo es la imagen.

En la segunda parte el lema lo sirve Ibsen: «El pecado que no tiene perdón—dice—es matar la vida de amor en un ser.» Efectivamente: el asesino adora al personaje principal, hermano bueno de la víctima, y en defensa del cual pudiera pensarse que mató; luego, en la cárcel, sumido en el desamparo, no es visitado sino muy tardíamente por su amo, el ser a quien verdaderamente idolatra. Cuando la visita llega es ya demasiado tarde. Y el protagonista, que se sentía culpable moral del homicidio, se ve ahora culpable de su propio pecado, de ese pecado que no tiene perdón; culpable de haber negado amor al homicida, de haber cegado las fuentes de la fe en un hombre que en él creía con cariño de alucinado. El sentimiento de esa culpa es la llaga, que al personaje central enloquece; la llaga que lo va matando y que titula esta novela. Esta gran novela.

LA MALA VIDA EN LA ESPAÑA DE FELIPE IV,

por JOSE DELEITO PIÑUELA.—Editorial Espasa-Calpe.—Madrid, 1948.

En el curso de los últimos años las gentes se han decidido de una manera activísima por la que bien puede llamarse literatura histórica. Se ha hecho partidaria de aquellos volúmenes que con un aire sencillez y grato, con perfume de novelesco relato o de divertida anécdota, nos presenta la historia más o menos lejana. Una historia con literatura en una mayor o menor dosis y en donde no se transforma, trastroca ni desvirtúa la historia en un solo punto.

Entre todas esas historias cargadas de anécdotas y de aire sencillez y grato hay que colocar los cuadros que José Deleito Piñuela ha escrito sobre la lejana España de Felipe IV.

La juventud eterna es cosa que los sabios no han enseñado aún a conservar, y ninguno de ellos ha descubierto tampoco un elixir de larga vida, ni siquiera un jarabe para llegar a centenario. Y he-